



Transfiguración del Señor

(ciclo A)

Domingo 6 de agosto de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

Daniel 7, 9-10.13-14

Su vestido era blanco como nieve

El libro de Daniel corresponde al género denominado apocalíptica judía, en él se nos cuenta una serie de historias, cap. 1-6, leyendas, 13-14, y sueños o visiones que tienen la función de fortalecer la esperanza al pueblo judío en medio de grandes calamidades a nivel religioso, pues por aquel entonces sufren persecución por parte del imperio griego que le somete. Concretamente hablamos de Antíoco IV Epífanes de la familia seléucida. El protagonista de esta historia se llama Daniel cuyo nombre significa Dios es mi juez, un joven judío cuya historia se ambienta en el marco del destierro de Babilonia, donde permaneció hasta el año primero del rey Ciro.

La escena que encontramos en este domingo en la fiesta de la Transfiguración, es la visión que tiene Daniel del juicio universal que sucederá antes de que Dios instaure su reinado definitivo. El juez divino, venerable por su cabellera y vestido de la dignidad celeste, se sienta entre su corte. La morada de Dios es serena, luminosa, en contraste con el desorden que aparecía en la visión inmediatamente anterior que relataba el poder de las bestias; el fuego que rodea a Dios lo hace visible e inaccesible. La descripción del trono, en llamas de fuego y las ruedas de fuego ardientes, significan por una parte



la teofanía, pero también el castigo divino. En este pasaje la triple repetición del fuego indica que Dios se manifiesta para el juicio.

Estamos en un momento crítico, pues el océano desata todo su poder hostil a través de las cuatro fieras que simbolizan el fracaso de los imperios que han gobernado la tierra pero no han logrado mejorar la vida humana. En ese momento dramático Daniel presenta a un anciano con vestido blanco, símbolo que irradia teofanía y triunfo, y que juzga a la humanidad (trono y tribunal se juntan en uno solo) y se sienta y ejecuta la sentencia con un río de fuego. La vestidura blanca y su cabellera “como lana pura” simbolizan el poder y la victoria, la sabiduría, justicia e integridad. Con dominio sobre todo imperio, se dispone a juzgar los actos humanos, buenos y malos, inscritos en los libros, y purifica o castiga con fuego. Incontables son los que cumplen sus órdenes. Para el juicio sólo la bestia más arrogante, la cuarta, es arrojada y consumida; a las otras tres sólo se les quita el poder. Empieza así una etapa en la que impera la razón sobre la violencia y la soberbia.

Daniel ve en el cielo a alguien parecido a un “ser humano”, la antítesis de una bestia; no ha surgido del mar caótico, ni tiene aspecto espantoso, sino que viene “sobre las nubes” y tiene en sí la naturaleza humana. Los que reciben el poder y el reino eterno, que nunca serán destruidos, son los santos del altísimo, quienes simbolizan a los que, por mantenerse fieles al Dios de Israel, han aceptado el martirio.

Salmo 97, 1-2.5-6.9

El Señor reina, altísimo sobre toda la tierra.

El salmo 97 se conoce como un “salmo real”, pues describe el reinado de Yahvé en Israel y en los restantes pueblos, anunciando su manifestación cósmica con las consecuencias que de esto se derivan para los israelitas vinculados al monte Sión. Su rasgo distintivo es la forma en que Dios se vincula con los hombres piadosos del segundo templo, entre los siglos IV - II a.C.

Este salmo se encuentra en sintonía con los capítulos 40 a 66 del libro de Isaías, en un momento en que el judaísmo viene a presentarse como religión universal, abierta a todos los pueblos de la Tierra. Al mismo tiempo muestra que el mundo comienza a fraccionarse en grupos, entre los que se





destacan los Hasidim, es decir los hombres del Heced o pacto de misericordia de Yahvé. En otro tiempo el horizonte de los israelitas se extendía solo desde Egipto hasta Siria y Babilonia; ahora, a partir del siglo II, ese horizonte se abre desde Persia pasando por las costas/islas del Mediterráneo, evocando un ancho mundo que llega hasta Sefarad (península ibérica).

En este contexto de universalidad de la salvación que ofrece Yahvé, el salmo dice de modo sorprendente que muchas islas del mar se alegran porque Yahvé reina, porque su fama y su gloria se expanden por el mundo entero. El judaísmo de este salmo no es ya simple coincidencia religiosa de un pequeño grupo de guerreros de tribus antiguas, ni de sacerdotes de un templo particular (Jerusalén), sino que recoge un impulso y experiencia abiertas a todas las naciones, bajo un cielo de tormenta que significa juicio y promesa de vida.

2 Pe 1, 16-19

Esta voz del cielo la oímos nosotros

El autor de la carta defiende la segunda venida de Cristo (parusía) como fruto no de leyendas, sino de experiencias vividas e invoca el recuerdo de la Transfiguración del Señor en la montaña; esta experiencia de fe actúa como lámpara que permite ver a Jesús en su doble dimensión de glorificado e Hijo amado y predilecto de Dios. La parusía, más que preocupación por lo que viene, es un ejercicio profético del presente que hace memoria comunitaria de Jesús para vivirlo como sol de la mañana y vencer así los problemas de la oscuridad llenando de luz el día por venir.

En este segmento de la carta la tradición apostólica aparece ya convertida en Sagrada Escritura. Por eso se habla de la recta interpretación del Primer Testamento. Esta comprensión debe brotar de la experiencia de Cristo y debe ser hecha a la luz del Espíritu Santo que actúa en la Iglesia.





Mt 17, 1-9

Su rostro resplandecía como el sol

Para comprender este relato pasemos la mirada por el A.T.: Dios no se manifiesta en un espacio cualquiera, sino en un sitio especial, la montaña. A esa montaña no tiene acceso todo el pueblo, sólo Moisés, al que a veces puede acompañar su hermano Aarón (Ex 19,24), o Aarón, Nabad y Abihú, con los setenta dirigentes de Israel (Ex 24,1). La presencia de Dios se expresa mediante la imagen de una nube espesa, desde la que Él habla (Ex 19,9). Es también frecuente que se mencione en este contexto el fuego, el humo y el temblor de la montaña, como símbolo de la gloria y el poder de Dios que se acerca a la Tierra. Estos elementos, sobre los que volveremos a comentar el relato, demuestran que los evangelistas no pretenden ofrecer un informe objetivo e histórico de lo ocurrido, sino crear un clima semejante al de las teofanías del Antiguo Testamento.

Veamos el pasaje en tres momentos: la subida a la montaña, la visión y el descenso.

La subida a la montaña: Jesús elige solamente a tres discípulos y aunque a primera vista parecería un privilegio no se trata de ello, debemos comprender que lo que va a ocurrir es algo tan importante que no puede ser presenciado por todos como sucedía en el A.T., una montaña alta y apartada aleja horizontalmente a los hombres y acerca verticalmente a Dios. En este contexto va a tener lugar la manifestación gloriosa de Jesús.

La visión: comprendámosla a partir de tres elementos significativos. El primer elemento que encontramos es la transformación del rostro y las vestiduras de Jesús, en el que debemos comprender, que la luz emana del mismo Jesús, no es la proyección de una luz que viene de otro origen, dándonos a comprender la divinidad de Jesús. El segundo elemento es la presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús. El primero es Moisés y si bien es cierto que Moisés en el A.T. es el gran mediador entre Dios y su pueblo, el profeta con el que Dios hablaba cara a cara, ahora ese lugar lo toma Jesús. El segundo que aparece es Elías, importante en la historia de Israel porque es quien salva la religión yahvista en su momento de mayor crisis, hacia el siglo X a.C., cuando está a punto de sucumbir por influjo de la religión cananea. El hecho de que aparezca ahora a los discípulos, es una manera de confirmarles la importancia del personaje al que están siguiendo. Jesús no es un hereje ni un loco, no está destruyendo la labor religiosa de siglos, se encuentra en la línea de los antiguos profetas, llevando su obra a plenitud. El tercer elemento significativo es la voluntad de Pedro de





construir tres tiendas, detalle que, descubriéndolo desde la perspectiva de la frase “qué bien se está aquí”, manifiesta el deseo de Pedro de que Jesús llegue a su gloria sin pasar por el sufrimiento.

Este episodio no está contado en beneficio de Jesús, como manifestación de su gloria, sino como experiencia positiva para los discípulos. Después de haber escuchado a Jesús hablar de su pasión y muerte, de las duras condiciones que impone a sus seguidores, tienen tres experiencias complementarias: ven a Jesús transfigurado de forma gloriosa, se les aparecen Moisés y Elías y escuchan la voz del cielo. Todo esto supone una enseñanza creciente: al ver transformados su rostro y sus vestidos tienen la experiencia de que su destino final no es el fracaso, sino la gloria; al aparecerseles Moisés y Elías se confirma que Jesús es el culmen de la historia religiosa de Israel y de la revelación de Dios y al escuchar la voz del cielo saben que seguir a Jesús no es una locura, sino lo más conforme al plan de Dios.

El descenso de la montaña, 17,9-13, y la orden de no decir nada a nadie se inserta en la línea de la prohibición de decir que Él es el Mesías; no es el momento ahora de hablar del poder y la gloria, suscitando falsas ideas y esperanzas. Después de la resurrección, cuando para creer en Cristo sea preciso aceptar el escándalo de su pasión y su cruz, se podrá hablar con toda libertad también de su gloria.





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Siempre que nos acercamos a la Sagrada Escritura, sobre todo en el Primer o Antiguo Testamento, para comprenderlo y descubrir su mensaje es necesario partir de la proclamación de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte que abren para el creyente un sentido auténtico de vida. Además, sólo se puede hacer una verdadera interpretación de la Palabra de Dios puesta por escrito cuando invocamos la presencia del Espíritu Santo que viene en nuestro auxilio para darnos la luz que ilumina nuestro entendimiento y nuestra vida para obrar rectamente según la voluntad del Padre de la gloria.
- Los tiempos difíciles, como los del Profeta Daniel, son ocasión propicia para encontrar razones para la esperanza sabiendo reconocer en el desarrollo de nuestra historia personal y comunitaria que Dios siempre vence el mal y permite que todo cuanto nos suceda sea para bien nuestro, de la Iglesia y gloria de su nombre. Es necesario entonces hacer una lectura creyente de nuestra historia y en ella encontrar el paso amoroso de Dios que nos acompaña a cada instante.
- La salvación de Dios es un llamado universal donde no caben separaciones por ningún tipo de raza, credo, pensamiento político ni condición social, *“El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono.”*. La salvación de Dios nos trae gozo y esperanza.
- Aunque las exigencias del evangelio nos parezcan fuertes y difíciles de cumplir en medio de una sociedad que valora más otras realidades diferentes a la vida trascendente en el Espíritu de Dios, los creyentes estamos llamados a subir a la montaña para descubrir a Jesús glorificado, cuyo rostro y vestiduras dejan ver su divinidad, y para tomar aliento al descubrir la extraordinaria grandeza del futuro que nos espera en la plenitud de la comunión con Dios, cuando le podamos ver cara a cara.





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Hermanos: con alegría celebremos en este domingo la misa en la fiesta de la Transfiguración del Señor. El Padre eterno ha manifestado glorioso a su Hijo para que podamos transformarnos también nosotros y así producir frutos para la vida del mundo. Dispongámonos para que la Palabra de Dios y la Eucaristía realicen también nuestra transformación interior.

Monición a las lecturas

La instrucción con la que se nos conduce a una vida espiritual arraigada en la Palabra de Dios es escuchar. Acojamos la voz de aquel que quiere que experimentemos a Jesús como revelación total de su misericordia y, por el misterio de la Transfiguración de Cristo, llegemos a ser perfectos obedientes de la voz del Padre.





Oración de fieles

Presidente

Dios Padre nos invita a escuchar a su Hijo; una vez acogido con fe su evangelio, elevemos al cielo la plegaria que el Espíritu Santo nos mueve a dirigir.

R/. Haznos obedientes a la voz de tu Hijo, Señor.

1. Oremos para que la Iglesia Universal, orientada por el papa Francisco, camine unida en esperanza por los caminos del discernimiento de la voluntad de Dios.
2. Oremos para que todos los pastores de la Iglesia sean testimonio de la docilidad a la divina voluntad en sus vidas y contagien a todos la fe, la esperanza y la caridad que proceden de una vida en intimidad con Cristo.
3. Oremos para que nuestros gobernantes, animados por el testimonio de amor y unidad de las comunidades cristianas, discernan por estos signos evangélicos lo que significa la autoridad y el poder político al servicio de todos.
4. Oremos para que nuestra disponibilidad religiosa a la voz de Cristo, Hijo eterno del Padre, nos haga obedientes en la caridad para con los más necesitados, los enfermos, encarcelados, damnificados por desastres naturales y todos los que sufren.
5. Oremos por los frutos abundantes de la Jornada Mundial de la Juventud que hoy se clausura en Lisboa, para que todos los jóvenes, en especial los de nuestra comunidad, se sientan llamados a abrir sin miedo sus corazones a Jesús y descubran la felicidad de darse a Dios y a los demás.
6. Oremos para que por la piadosa y asidua celebración de los sacramentos, por la lectura orante de las Sagradas Escrituras y por su vida comunitaria en amor y unidad, se manifieste en nuestra comunidad (*parroquial*) la voz de Dios que habla por medio de la Iglesia al mundo.

Presidente

Padre de misericordia, acoge bondadoso las súplicas que tu Iglesia confiadamente eleva a tu presencia y haz que la voz de tu Hijo Jesucristo siempre resuene en nuestros corazones. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

